

## HAMBRE NEGRA

NARRADO POR GASPAR MENESES SÁNCHEZ Y MICAELA

MÉNDEZ AVENDAÑO

ESCRITO POR DOMINGO MENESES MÉNDEZ

CHOLES DE B. DOMÍNGUEZ, SALTO DE AGUA

Dicen que así pasó antes. Casi cuando el mundo era tierno, casi cuando era nuevo. Que en un año, hubo mucha hambre porque los cultivos no crecieron, como el maíz, el frijol y otros; que no había nada que comer.

La gente no tenía alimentos y muy difícil la pasaron. Hasta recogían granos de maíz que encontraban tirados en el camino porque había sido excremento de animales; lo recogían para lavarlo y luego comérselo, porque no había nada más. Por eso le llamaron hambre negra.

En ese tiempo vivía una señora, madre de dos o tres hijos. Los mayores ya tenían casa propia y descendencia. Pero la señora aún vivía con otro hijo, el menor, que todavía no era casado. El tiempo era muy malo, había mucha sequía, todos los cultivos se habían secado por falta de agua. Qué tristeza, nadie tenía nada, todos en el pueblo estaban así.

Pero el hijo mayor de la señora era uno de los que habían cosechado un poco de maíz y de frijol, o sea que él no la pasaba tan mal. Por eso el hijo menor de la señora le sugirió:

—Madrecita ¿por qué no vas a pedirle un poco de maíz a mi hermano? Creo que a ti sí te lo dará, porque es tu hijo. Él tiene un poco de maíz todavía.

Así dijo el hijo menor a su madre.

—Puede ser, hijito. Es verdad que tu hermano tiene un poco de maíz. A ver si me da un poco —respondió la señora y fue a ver a su hijo mayor.

Pero este hijo mayor todo el tiempo se hallaba enojado, nunca se encontraba de buen humor y nunca veía a su madre con buena cara, aunque vivía poco lejos de ella. Ese día él había cazado un tepescuintle y ya iban a comer.

—Sirve ya la comida pues —le dijo a su mujer.

Ella tomó sus trastes inmediatamente y empezó a servir la comida en el lugar de siempre, a un ladito de la fogata. Ya estaba servido, sólo faltaba que se acomodaran para empezar a comer, cuando de repente él vio que por el camino que daba a su casa venía acercándose su madre.

—¡Ej! Ahí viene esa vieja, guarda otra vez la comida —le ordenó a su mujer.

Ella tomó la comida que ya estaba servida y la vació en la olla de barro que contenía el resto de la comida. Después aparentaron que nada más estaban sentados.

—Hijitos, ¿qué están haciendo? —llegó preguntando su madre con palabra muy triste.

Pero el hijo estaba enojado porque lo habían interrumpido en el momento preciso en que iban a saborear el tepescuintle que había cazado. Por eso contestó muy duro:

—Nada. ¿Qué crees que puedo hacer? Nada más estoy aquí —contestó el hombre.

—¡Ay, Dios! Hijito, ¿no tendrás un poco de maíz para que me des un poquito? —dijo la señora muy triste.

Daba mucha lástima, porque estaba muy viejita. Pero este hijo se enojó, no quería ver a su madre. Era muy malo. Muy enojado le contestó:



—¿Dónde crees que puedo encontrar maíz? Si así fuera estaría muy bien. Deben tener mis hermanos, ellos saben trabajar mucho.

Así contestó el hombre. Pero la señora, con su palabra muy triste y suplicante, decía:

—No puede ser, hijito, tú tienes un poco todavía. Es que la milpa de nosotros no dio para nada.

Este hijo de la señora tenía una casita llena de maíz. Pero no quería ver a su madre y le dijo que no tenía nada.

—Hijito, aunque sea un poquito, pues —pedía la señora, parada en la puerta de la casa.

Su hijo era tan malo que no la dejó pasar ni por un rato a la casa, ni le ofreció un poco de agua siquiera. Ahí siguió parada hasta que se sintió cansada, muy cansada.

—Hijito, ya me voy, pues.

—Vete —así nada más contestó el hombre.

La pobre viejita se fue caminando despacito, pero iba llorando y rezando al mismo tiempo:

—Padrecito sagrado, madrecita sagrada, no me dio nada mi hijo. Tan siquiera hubiera mojado mis labios, sólo eso...

Así decía su oración. Era tan grande su tristeza, tan grande su dolor, tan cierta su palabra, que nunca supo la fuerza de su rezo, de sus lágrimas. Ella sólo se sentía tan cansada que fue caminando despacio, al tiempo que iba chupando y besando su mano y sus dedos. Y fue a caer de rodillas debajo de un árbol grande, por el hambre, por el dolor, por la tristeza, por el sufrimiento que era insoportable. Sólo ahí pudo encontrar un poco de sombra, sólo ahí sintió un poco de descanso, sólo ahí

encontró un poco de fresco, un poco de alivio, un poco nada más... Ahí quedó de rodillas, llorando.

Daba mucha lástima verla llorar.

Al ver que su madre ya se había ido, el hombre le dijo de nuevo a su mujer:

—Ahora sí, trae de nuevo la comida, ya se fue esa vieja.

Ella tomó otra vez sus trastes y se dirigió a la enorme y pesada olla de barro llena de comida; estaba también contenta porque sabía que ahora sí comerían muy tranquilos, sin que nadie los molestara. Pero tan pronto como levantó la tapa de la olla, salió casi disparada la cabeza de una serpiente; parecía que la tapa de la olla se levantara más rápido de lo normal por la presión de la serpiente, que ya quería salir. La mujer parecía ahogarse por el gran susto; cuando caía de espaldas sólo pudo musitar:

—¡Jii!

—¿Qué pasó? —preguntó asustado el hombre.

—¡Mírala! —respondió la mujer cuando se estaba levantando del suelo

La serpiente iba saliendo despacito de la olla, arrastrándose. Era una serpiente muy grandota, formada de lo que contenía la olla. La carne, los huesos y el caldo del tepescuintle pasaron a formar parte del cuerpo de la serpiente; la carne a la carne de ella, los huesos a los huesos de ella y el caldo a la sangre de ella. En la olla no quedó nada; estaba vacía, seca, porque todo lo que en ella había cobró vida. Entonces el hombre empezó a maldecir a su madre:

—¡Ejiii! Maldita vieja, eres una bruja, una hechicera, eres un demonio. Hechizaste mi comida...



Así la maldijo, muy feas palabras le empezó a decir. La mujer estaba blanca, pálida por el miedo, sin comprender lo que pasaba. El hombre, muy enojado, no hallaba qué hacer; por instantes pensó salir en buscar de su madre para reclamarle, golpearla o matarla, tenía ganas, pero empezó a escucharse un ruido fuera de la casa, como si algo se estuviera alborotando. La mujer quiso sentarse, pero al hacerlo oyó una voz que le decía:

—Quítate, no te sientes en mí.

Era el asiento que estaba hablando. Se levantó rápido, con miedo, y se apoyó en la pared de la casa, pero también escuchó que le decían:

—Quítate, no te apoyes en mí.

Todo había cobrado vida. Ella ya no sabía qué hacer; sentía más miedo al estar dentro, temía que fuera a hablar toda la casa; por ratos sentía un aire frío que le pegaba en la cara. El hombre ya no sabía si estaba enojado o asustado; se hallaba de pie, sin hablar. Parecía que no se acordaban de nada. No se movían, parecía que el ruido, el viento y el frío los habían paralizado.

Reaccionaron sólo porque el ruido de afuera fue arreciando más y más. Provenía del maíz que guardaban en una casita. El maíz empezó a moverse, empezó a alborotarse. Había cobrado vida y se movía dentro de la casita, lentamente, como algo muy pesado. Las mazorcas que estaban encima eran más ligeras que las de abajo y parecía que también la casita se movía lentamente, pero poco a poco fue formando mayor fuerza hasta que la construcción se rompió y salieron las mazorcas. Soplaban un viento fuerte que parecía un remolino enorme que casi derrumbaba la casa donde estaban el hombre y la mujer.

Ya no distinguían nada, se oscureció por tanto polvo alborotado; toda la basura ligera se encontraba volando por donde quiera. Todo era muy feo.

Pero pudieron distinguir que de la casita algo salía volando: era el maíz que se había convertido en langostas y salía volando poco a poco, hasta que no quedó nada. La troje quedó vacía, limpia, como si hubiera pasado una corriente de agua a llevarse todo el polvito que deja el maíz cuando está guardado por tanto tiempo en un mismo lugar. Limpio quedó. Todos los joloches se convirtieron en caparazón de la langosta, los cabellos del maíz en las antenas, los huesecitos y el olote de la mazorca pasaron a ser los huesecitos y espinitas de la langosta y cada grano de maíz se convirtió en una langosta.

Y así se fue volando. Sólo se veía que iba flotando en el aire. Voló... y voló muy lejos, hasta llegar a la punta de un cerro donde todos sabían que estaba una cueva. Ahí fue a meterse el maíz convertido en langosta. Y en la entrada de la cueva se levantó un arcoiris, que según parecía, vigilaba que nada quedara afuera; duró el arcoiris tanto como tardaron en meterse las langostas.

Así fue, así como lo oyen, porque eso lo dicen nuestros abuelos. Y lo dicen para hacernos saber que no es bueno despreciar a una madre o a un padre y para que no cometamos los mismos errores. Porque dicen que estuvo muy feo, que después de que pasó, todo quedó triste. El viento se fue calmando poco a poco y el hombre nunca supo por qué le sucedió esto. Pero las demás personas lo saben. Por eso ahora lo dicen. Y lo decimos también nosotros para que los otros lo sigan diciendo también. Estas son las enseñanzas de los abuelos. Así como las oyeron.